



Enrique Kreibohm, el ingeniero de los detalles

Es ingeniero civil pero toda su trayectoria giró alrededor del petróleo. De Jefe de Campamento en Campo Durán a Gerente General de Contratos de Exploración y Explotación en Yacimientos Petrolíferos Fiscales, también es figura imprescindible del IAPG, donde ha sido Director Técnico y hoy colabora con la Comisión de Publicaciones

Enrique Lucio Kreibohm tiene de criollo apenas ese segundo nombre que recuerda a su abuelo materno, Lucio Quiles, de familia tradicional en Tucumán. Y una gran pasión por el mate amargo.

Por lo demás, todo en él responde al arquetipo que desde lejos siempre se tuvo del alemán, que es el origen de su apellido: eficiente, eficiente y eficiente. Y si por casualidad algún lugareño de La Viña, en San Salvador de Jujuy, donde nació en 1927 y pasó su infancia, no sabía insuflarle a “Kreibohm” la pronunciación acertada, al rato de tratar con él, ya empezaba a distinguir que tenía enfrente a alguien distinto. Y que merecía un poco más de dedicación, incluso al nombrarlo.

Es que, a simple vista, este hombre sencillo, delgado y de altura mediana, pelo oscuro y bigote fino, se mimetiza con el ambiente y hasta desaparece, mientras todos a su alrededor, con voces siempre más estentóreas, expresan sus puntos de vista. Entonces, cuando Enrique Kreibohm finalmente expresa su parecer, las pocas frases que suelta

encierran siempre tal sensatez y poder de observación, dichas con voz tranquila y exquisitamente amable, que difícilmente alguien le lleve la contraria.

La clave está, sin duda, en ese poder de observación, detallista y riguroso, del que nada escapa y que lo conduce siempre a la frase acertada.

Quienes fueron parte de su entorno durante décadas en los yacimientos lo han recordado para estas páginas de esa forma: afable, preciso y capaz de una gran seriedad en el trabajo y en la vida cotidiana. Quienes hoy trabajan con él tienen esa misma tranquilidad: la de contar con un profesional confiable que siempre tiene tiempo para dar una mano.

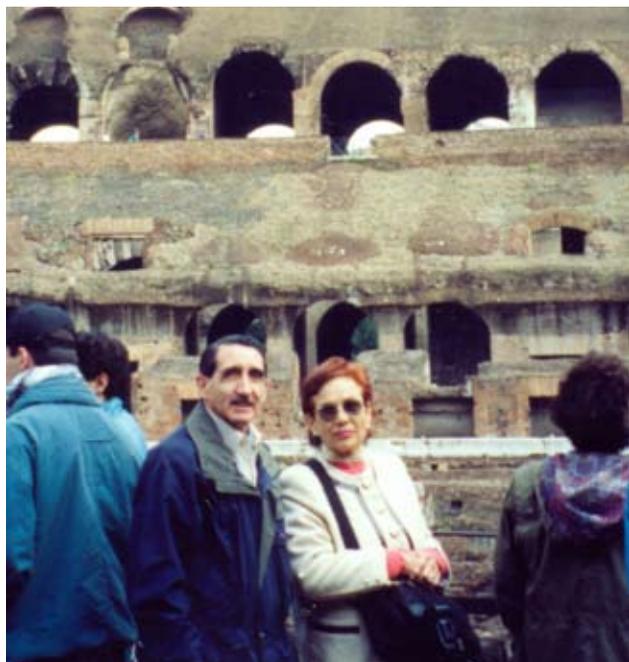
Pasión por la ingeniería

Según las fotos, Enrique se da un aire a su abuelo, Wilhelm, que llegó en 1894 con su esposa e hijos desde Hannover (NE de Alemania) a Tucumán, donde fundó el clan Kreibohm.

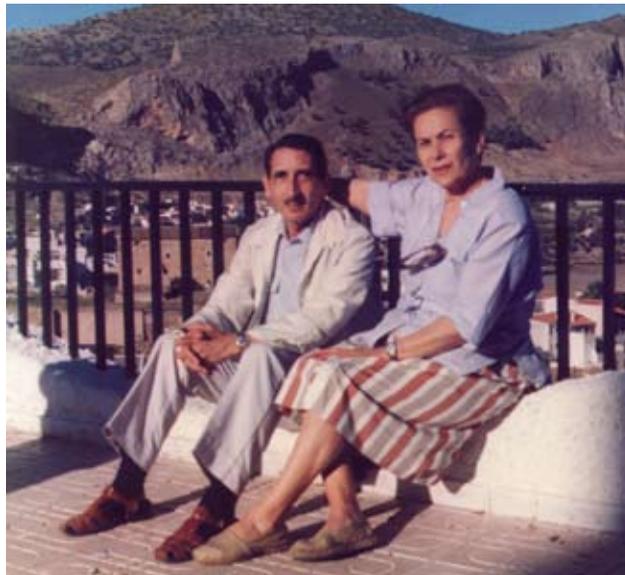
En realidad, Enrique no tiene del todo claro de dónde le surgió tanta pasión por las ciencias y la mecánica, ya que se crió en un ambiente intelectual inclinado a las Letras: su madre, Inés, era maestra y directora de escuela; y su padre, un periodista encargado de la biblioteca pública local que, además, integró el prestigioso grupo de intelectuales del Noroeste argentino “La carpa”.

Y sin embargo, Enrique Lucio Kreibohm mostró, desde siempre, una vocación inequívoca por la ingeniería. Le gustaba desbaratar radios y afines buscando respuestas, construir pacientemente artefactos con el Mecano y empezó a forjar su proverbial poder de cuidar detalles con el aeromodelismo. Ya de adolescente, sabía lo suficiente sobre armar y arreglar bicicletas como para salir a recorrer confiado toda la región.

Estudió en el colegio industrial, donde obtuvo el título de Técnico Mecánico y como allí aprendió sobre la generación de electricidad. A la hora de elegir una carrera



Con su esposa, Estela



El matrimonio Kreibohm

universitaria, quiso ampliar su panorama y completar con ingeniería en construcciones.

Tuvo suerte: la Universidad de Tucumán pasaba por un excelente momento y los mejores profesores de la región se conjugaban con académicos alemanes que marcaron un nivel prestigioso en la institución. Kreibohm supo capitalizar ese momento, ya que no tardó en ser docente ayudante en un par de cátedras.

En 1955, obtuvo el título de Ingeniero Civil y, muy poco tiempo después, respondió al llamado de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, que incorporaba toda una plantilla de gente para su recién descubierto Campo Durán. Allí habían hallado petróleo a gran profundidad y presión. Y si Kreibohm consideraba que había ampliado su horizonte al estudiar ingeniería civil, tras ser enviado al curso de especialización en petróleo, comprendió que las perspectivas profesionales dentro de los hidrocarburos eran realmente vastas.

Primer testimonio

Su primer destino, en 1956, fue Aguaray, Salta, unos 30 kilómetros al norte de Tartagal. No llegó solo: lo acompañó su flamante esposa, Estela de Marco, tan apasionada por las ciencias como él. Estela es licenciada en Biología y Ciencias Naturales; de hecho fue en los pasillos universitarios donde se conocieron. Esperaron hasta tener el título para la boda; el hallazgo de empleo no hizo sino coronar un noviazgo tranquilo.

En Aguaray los esperaban dos eventos previsible para todo recién llegado: pasar un tiempo en una gamela con la ansiedad de recibir su primera casa y el encuentro con arácnidos y reptiles de los que uno sólo ha visto en pesadillas.

El barrio de YPF era confortable: no faltaba nada, –muy diferente de los ranchitos del pueblo o de los asentamientos de indígenas que tenían sus chozas cerca– recuerda. Kreibohm admiró siempre el poder de los nativos sobre la naturaleza. Pensó en ellos el día que quiso cambiar una rueda y despertó a una respetable araña del tamaño de una mano abierta. O cuando a una víbora yarára le dio



La Comisión Organizadora de la filial del entonces IAP, en Comodoro Rivadavia (julio 1968) constituida por profesionales de YPF, y de diversas compañías operadoras y de servicios

por anidar en su casa, y debió pedir ayuda el jardinero del campamento, –Don Núñez, cuya familia perdió la eñe por la impericia de algún empleado del Registro Civil–, recuerda. Esa falta de eñe le hacía ruido. Pero con o sin eñe, el jardinero llegó, hizo un simple movimiento de dedos sobre el animal que lo puso rígido, y se lo llevó, como quien transporta un palo.

Fuera de esos ligeros inconvenientes, y de un eventual calor sofocante que sólo era aliviado por diluvios que anegaban todo, la vida era apacible.

Kreibohm era, por entonces, inspector de equipos de perforación y recorría el campo en su *jeep*, un viejo Land Rover inglés con techo de lona, herencia de un equipo de explora-

ción. La calidad de su trabajo hizo que pronto fuera nombrado jefe de Campamento, y en calidad de jefe de Contratos fue llevado, en 1960, a Comodoro Rivadavia. Allí, en poco tiempo pasó a ser jefe de Tecnología de Explotación.

Durante todo ese tiempo, Enrique siguió especializándose en ingeniería de reservorios y organización empresarial. Junto con su esposa, se insertó rápidamente en el ambiente docente local y volvieron a dar clases en la universidad.

“Nos gustó el sur: los lobos marinos eran más amables que las arañas” bromea. En realidad, lo atrapó la inmensidad del paisaje, ese mar azul y acero que lo emocionó cada día que le tocó vivir en su casa del kilómetro 3.

En 1967 fue trasladado a Cañadón Seco como superintendente de Producción, y allí se quedó hasta 1971. En el medio, tuvo un período de seis meses en los Estados Unidos, para aprender sobre recuperación de crudos de alta viscosidad en los yacimientos de Texas, Golfo de México y Los Ángeles. Recuerda que estaba tan sorprendido de que su carnet de conducir por la Ruta 40 de la Patagonia le sirviera también para “montar” la célebre Ruta 66 americana, que ni se dio cuenta de la cantidad de *hippies* y *beatniks* que le hacían dedo a su VolksWagen alquilado, “un coche pequeño porque no me animé a uno más grande”, dice. “Quién sabe qué amistades habría hecho si los hubiera llevado”, se ríe.

Autoridad en contratos

En medio de su sencillez, Kreibohm había afianzado su fama de profesional riguroso. En 1971 lo requirieron desde Buenos Aires para ser jefe de Contratos de Explotación, con el fin de centralizar la inspección de las áreas que se habían licitado en 1970. A partir de 1976 fue ascendido a gerente de Explotación.

En sus incontables viajes a los yacimientos fue dejando huella. Ex empleados de la Contaduría de Plaza Huincul aún recuerdan que se lo esperaba con cierto nerviosismo. No porque le faltara una sonrisa sincera y un trato cordial, sino porque “sabíamos que no se le escapaba ni un detalle, todos los números tenían que estar perfectos, nunca descubrimos cómo hacía para captar todo de un vistazo” han relatado para esta nota.

Tal es así que cuando en 1981 pidió la jubilación, la obtuvo, pero YPF no lo dejó ir y lo contrató como asesor en Contratos de Explotación, para más tarde reincorporarlo como gerente del área hasta 1989, cuando renunció.

Este Instituto lo “fichó” inmediatamente como Director Técnico, y se repite la historia: quienes trabajaron con él en esa época recuerdan cómo “organizaba las cosas de tal manera, que todo marchaba como una maquinaria perfecta”.

YPF volvió a llevárselo por dos años más, como gerente general de Contratos de Exploración y Explotación. Luego, como asesor de la Vicepresidencia de Finanzas y Desarrollo Corporativo.

Pero uno de los ex presidentes del IAPG, Eduardo Rocchi, no descansó hasta lograr que regresara a esta casa



En Comodoro Rivadavia, en 1970

en 1993 como Director Técnico en Petróleo. Y cumplió esa función hasta 1998.

“Tuve una buena vida, no me quejo de nada” reflexiona Kreibohm, aún tímido para abrir el alma, y tras rebuscar por un largo rato las palabras adecuadas. “Una infancia feliz, mi familia y el petróleo, que me permitió vivir en el lugar justo donde pasaban las cosas”. Y acota: “Las cosas importantes para mí, claro”. La precisión ante todo.

Hoy su vida sigue siendo buena, asegura: reparte sus días entre los paseos con Estela a la pequeña casa que tienen en City Bell, y las temerarias caminatas por el abigarrado microcentro porteño, rumbo a la sede del IAPG.

Aquí, desde la Comisión de Publicaciones, es la mano derecha de esta y otras publicaciones del organismo, que siguen necesitando imperiosamente su ojo certero, tan capaz de encontrar las cifras o nomenclaturas que merecen ser aclaradas, como alguna puntuación en duda o incluso alguna fecha histórica que sólo un erudito podría cuestionar.

Pero su minuciosidad, lejos de poner nervioso a nadie, trae la calma a quien aquí escribe, sabiendo que tras un análisis de Enrique Lucio Kreibohm, el incom bustible, el que nunca deja de ayudar y todo lo hace a tiempo con su gesto amable, las cosas sólo pueden salir como deben: bien. ■